

LIBRO CUARTO.

LOS AMIGOS DEL A B C.

I

Un grupo que le ha faltado poco para llegar á ser histórico.]

En aquella época, indiferente en apariencia, corría vagamente cierta calentura revolucionaria. Emanaciones que salían de las profundidades de 1789 y 92 impregnaban el aire. La juventud, permítasenos la frase, estaba de muda. Se transformaba, casi sin saberlo, por el propio movimiento del tiempo. La aguja que recorre el cuadrante marcha igualmente en las almas. Cada uno daba hacia adelante el paso que debía dar. Los realistas se trocaban en liberales: los liberales en demócratas. Era aquello una especie de marea creciente, complicada con mil reflujos; y como es propio del reflujo mezclarlo todo, de ahí resultan combinaciones de ideas singularísimas; se adoraba á la vez á Napoleón y á la libertad.

Nosotros escribimos historia pura. Tales eran los aspectos de aquel tiempo. Las opiniones tenían sus fases. El realismo volteriano, variedad extravagante, tuvo un contrapeso no menos extraño: el liberalismo bonapartista.

Otros grupos razonadores eran más serios. Ya se sondaba el principio; ya se aferraban en el derecho. Se apasionaban por lo absoluto; se entreveían las realizaciones infinitas; lo absoluto por su misma rigidez impulsa el ánimo hacia lo etéreo, y le hace flotar en los espacios ilimitados. Nada hay como el dogma para producir la meditación; y nada hay como la meditación para engendrar el porvenir. La utopía de hoy es la carne y hueso del mañana.

Las opiniones avanzadas tenían doble fondo. Un principio de misterio amenazaba al "orden establecido", el cual era suspicaz y receloso, signo altamente revolucionario. La intención oculta del poder, tropieza en la zapa con la intención oculta del pueblo. La incubación de las insurrecciones es la réplica á la premeditación de los golpes de Estado.

No había entonces todavía en Francia esas vastas organizaciones subterrá-

neas, como el "tugenbund" alemán y el carbonarismo italiano; pero acá y acullá se iban ya ramificando algunas minas oscuras. La "cougurde" se esbozaba en Aix; y había en París, entre otras afiliaciones de este género, la sociedad de los amigos del A B C.

¿Qué era eso de los amigos del A B C?

Una sociedad que tenía por objeto, en apariencia, la educación de los niños, y en realidad el mejoramiento de los hombres.

Declarábanse amigos del A B C. El Abaissé, era el pueblo. Se le quería realzar. Retruécano del que haríamos mal en reinos, porque estos retruécanos son muchas veces cosa grave en política; dígalos el "Castratus ad castra", que hizo de Narsés un general de ejército; dígalos el "Barbari et Barberini"; dígalos también el "Fueros" y "Fugos", como el "Tu es Petrus et super hanc Petram", etc., etc.

Los amigos del A B C eran pocos; era una sociedad secreta en embrión; casi podríamos decir una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes. Reuníanse en París en dos puntos: junto á los Mercados, en una taberna llamada de "Corinto", de que hablaremos después, y cerca del Panteón, en un cafeticho de la plaza de San Miguel, llamado el "Café Mussain", hoy derribado: el primero de estos centros de reunión estaba en el barrio de los jornaleros, y el segundo en el de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del A B C se celebraban en una sala interior del café Mussain.

Esta sala, bastante separada del café, con el cual se comunicaba por un largo corredor, tenía dos ventanas y una puerta con escalera secreta, que daba á la callejuela de Gres. Allí se fumaba, se bebía, se jugaba y se reía. Se hablaba de todo en alta voz, y de algo en voz baja.

En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia del tiempo de la República, indicio bastante para avivar el olfato de un agente de policía.

La mayor parte de los amigos del A B C eran estudiantes, en cordial inteligencia con algunos obreros. He aquí los nombres principales que pertenecen, en cierto modo, á la historia: Enjolrás, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire.

Estos jóvenes componían una especie de familia, á fuerza de amistad. Todos, excepto Laigle, eran del Mediodía.

Este grupo, que fué notable, se ha desvanecido ya en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros.

Al punto á que hemos llegado de este drama, no estará tal vez de más hacer penetrar un rayo de luz en aquella reunión de jóvenes, antes de que el lector los vea sumergirse en las sombras de una aventura trágica.

Enjolrás á quien hemos nombrado el primero por la razón que se verá después, era hijo único y rico; mozo simpático, capaz de ser terrible, y angelicamente hermoso; era Antinoo furioso. Hubiérase dicho, al ver la pensativa reverberación de su mirada, que había ya atravesado en alguna existencia anterior el apocalipsis revolucionario. Poseía la tradición como un testigo. Sabía todos los pormenores de la gran cosa. Era una naturaleza pontifical y guerrera, extraña en un adolescente; era celebrante y militante; bajo el punto de vista inmediato, soldado de la democracia, y por encima del movimiento contemporáneo, sacerdote de lo ideal. Tenía la pupila profunda, los párpados algo encarnados, el labio inferior grueso y

dispuesto á expresar el desdén; la frente espaciosa. Mucha frente en un rostro, es lo mismo que mucho cielo en un horizonte. Como ciertos jóvenes de principios de este siglo y fines del pasado que han adquirido celebridad muy pronto, tenía él una mocedad excesiva, fresca como la de las muchachas, con sus correspondientes horas de palidez. Era ya hombre, y parecía niño todavía. Sus veintidós años aparentaban diecisiete; era grave, y parecía ignorar que hubiese en la tierra un sér llamado mujer. No tenía más que una pasión, el derecho; y un pensamiento, destruir obstáculos. En el monte Aventino hubiera sido un Graco, y en la Convención, Saint Just.

Apenas veía las rosas; desconocía la primavera; no oía cantar á los pájaros; la garganta desnuda de Evadné no le habría conmovido más que á Aristógiton; para él, como para Anmodio, las flores sólo servían para ocultar la espada. Era severo en las alegrías, y ante todo lo que no era la república bajaba castamente los ojos. Era el amante de mármol de la libertad. Su palabra era ásperamente inspirada, y tenía la vibración del himno. A veces desplegaba sus alas de un modo inesperado. ¡Desgraciado el amorío que se hubiese atrevido á pasar por su lado! Si alguna griseta de la plaza de Cambrai ó de la calle de San Juan de Beauvais, al ver aquella fisonomía que parecía escapada del colegio, aquella figura de paje, aquellas prolongadas cejas rubias, aquellos ojos azules, aquella cabellera tumultuosamente entregada al viento, aquellas mejillas sonrosadas, aquellos labios vírgenes, aquellos dientes perfectos, hubiese sentido apetito por toda aquella aurora y tratado de probar los efectos de su belleza en Enjolrás, una mirada sorprendente y terrible le habría mostrado bruscamente el abismo, y enseñado á no confundir el querubín galanteador de Beaumarchais con el querubín formidable de Ezequiel.

Al lado de Enjolrás, que representaba la lógica de la revolución, Combeferre representaba su filosofía. Entre la lógica y la filosofía de la revolución hay esta diferencia: que la lógica puede ir á parar á la guerra, mientras que la filosofía no puede tener por última consecuencia más que la paz. Combeferre completaba y rectificaba á Enjolrás. Era más bajo y más grueso. Quería que se imbuyesen en los ánimos los principios extensos de ideas generales: revolución, decía, pero también civilización; y en derredor de la montaña abría á pico el vasto horizonte azul. De ahí, que en todas las teorías de Combeferre hubiese algo de accesible y practicable. La revolución era más respirable con él que con Enjolrás. Este expresaba el derecho divino, y Combeferre el derecho natural. El primero se encadenaba con Robespierre, el segundo confinaba con Condorcet. Combeferre vivía más que Enjolrás la vida de todo el mundo. Si hubiera sido dado á estos dos jóvenes llegar á la historia, el uno hubiera sido el justo, el otro el sabio. Enjolrás era más viril, Combeferre más humano. "Homo" y "Vir"; estas palabras los calificaban perfectamente. Combeferre, era tan dulce como severo Enjolrás, por candidez natural. Le gustaba la palabra ciudadano; pero prefería la palabra "homme"; y de buena gana hubiese dicho "Hombre", como los españoles. Todo lo leía, iba á los teatros, seguía los cursos públicos, aprendía de Arago la polarización de la luz, se apasionaba por una lección en que Geoffroy Saint Hilaire había explicado la doble función de la arteria carótida externa, y de la arteria carótida interna; la una que constituye el rostro, y la otra que constituye el cerebro; estaba al corriente de todo lo que era estudio; seguía la ciencia paso á paso; confrontaba á San Simón con Fourier; descifraba los geroglíficos; partía los guijarros que encontra-

ba y discurría sobre geología; pintaba de memoria una mariposa "bombix"; señalaba las faltas de lenguaje en el diccionario de la Academia; estudiaba á Puységur y Deleuze; no afirmaba nada, ni siquiera los milagros; no negaba nada, ni aún las apariciones; hojeaba la colección del "Monitor"; meditaba. Decía que el porvenir está en manos del maestro de escuela, y se preocupaba mucho por las cuestiones de educación.

Quería que la sociedad trabajase sin descanso en la elevación del nivel intelectual y moral, en la monetización de la ciencia, en la circulación de las ideas, en el crecimiento de la inteligencia en la juventud, y temía que la pobreza de los sistemas actuales, la estrechez del punto de vista literario, limitado á dos ó tres siglos llamados clásicos, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, las preocupaciones escolásticas y la rutina, acabasen por hacer de nuestros colegios criaderos de ostras artificiales. Era sabio, purista, preciso, politécnico, trabajador, y al mismo tiempo pensativo "hasta la quimera", según decían sus amigos. Creía en todos los sueños: como, caminos de hierro, supresión del dolor en las operaciones quirúrgicas, fijación de la imagen en la cámara obscura, telégrafo eléctrico, dirección de los globos; y por otra parte le espantaban poco las ciudadelas levantadas en todas partes contra el género humano por la superstición, el despotismo y las preocupaciones. Era de los que piensan que la ciencia acabará por enseñorearse de todas las posiciones. Enjolrás era un jefe; Combeferre un guía. Se deseaba pelear con el uno y marchar con el otro. Y no porque Combeferre no fuese capaz de pelear ni se negase á luchar cuerpo á cuerpo con el obstáculo y atacarle á viva fuerza y por explosión, sino porque prefería emplear la enseñanza de los axiomas y la promulgación de las leyes positivas, para ir poniendo poco á poco al género humano de acuerdo con sus destinos; y entre dos llamas, prefería la que iluminaba á la que abrasaba. Un incendio puede producir indudablemente una aurora; pero ¿por qué no se ha de esperar la salida del sol? Un volcán alumbra, pero alumbra mucho mejor el alba.

Combeferre prefería tal vez la blancura de lo bello á la brillantez de lo sublime. Una claridad turbada por el humo, un progreso comprado con la violencia, sólo satisfacían á medias su tierno y grave espíritu. La precipitación de un pueblo desde la cumbre al fondo de la verdad, un 93, le asustaba; sin embargo, el estancamiento le repugnaba más, porque veía en él la putrefacción y la muerte; y á todo trance prefería la espuma al miasma, el torrente á la cloaca, la caída del Niágara al lago de Montfaucón. En suma, no quería pararse ni precipitarse.

Mientras que sus bulliciosos amigos, caballerosamente prendados de lo absoluto, adoraban é invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre inclinaba á dejar obrar al progreso, al progreso verdadero, frío tal vez, pero puro; metódico, pero irreprochable; flemático, pero irreprochable. Combeferre se habría arrodillado, habría pedido, plegadas las manos, la llegada del porvenir con todo su candor, y que nada turbase la inmensa y virtuosa evolución de los pueblos. "Es preciso que el bien sea inocente", repetía de continuo. Y en efecto, si la grandeza de la revolución consiste en mirar fijamente al deslumbrador ideal, y volar al través de los rayos, llevando en las garras sangre y fuego, la belleza del progreso consiste en carecer de toda mancha. Entre Washington que representa lo uno, y Dantón que encarna lo otro, hay la misma diferencia que separa al ángel de alas de cisne del ángel con alas de águila.

Juan Prouvaire era un tipo más templado aún que Combeferre. Se llamaba Johan por un capricho pasajero que se mezclaba á ese poderoso y profundo movimiento, de donde ha salido el estudio tan necesario de la edad media. Juan Prouvaire era cariñoso, cultivaba un tiesto de flores, tocaba la flauta, hacía versos, amaba al pueblo, se compadecía de la mujer, lloraba por los niños, confundía en la misma esperanza el porvenir y Dios, y censuraba á la revolución por haber derribado una cabeza real, la de Andrés Chenier. Tenía la voz generalmente delicada, pero á veces viril. Era hombre de letras hasta la erudición, y casi orientalista. Era principalmente bueno, prefiriendo en poesía lo inmenso; lo cual se comprende fácilmente para quien sabe cuanto se hermanan la bondad y la grandeza. Sabía el italiano, el latín, el griego y el hebreo, lo cual le servía para no leer más que cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquilo é Isaías. En francés prefería Corneille á Racine, y á Agrippa d'Aubigné á Corneille. Le gustaba pasear á la ventura por los campos de avena silvestre y campanillas, y se ocupaba casi tanto de las nubes como de los acontecimientos. Su espíritu solía tener dos actitudes, una de parte del hombre, otra de la de Dios; estudiaba ó contemplaba. De día profundizaba las cuestiones sociales: el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religión, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educación, la penalidad, la miseria, la asociación, la propiedad, la producción y la repartición, el enigma de aquí abajo que cubre de sombra el hormiguero humano, y por la noche contemplaba los astros; esos seres enormes. Como Enjolrás, era rico é hijo único. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba los ojos, sonreía con dificultad, vestía sin aliño, era desmañado, se sonrojaba por nada, era también muy tímido; pero intrépido, por demás.

Feuilly era un oficial abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos diarios, y que no tenía más que un pensamiento: emancipar el mundo. Tenía otra preocupación: instruirse, á lo cual llamaba también emanciparse. Había aprendido por sí solo á leer y escribir; todo lo que sabía se lo había aprendido él mismo. Tenía el corazón generoso, y quería abrazar la inmensidad. Este huérfano había hecho hijos adoptivos suyos á los pueblos.

Faltándole una madre, había pensado en la patria, y no quería que hubiese en la tierra un hombre sin patria. Alimentaba en sí mismo, con la adivinación profunda del hombre del pueblo, lo que hoy llamamos "la idea de las nacionalidades". Había estudiado expresamente la historia, tan sólo para indignarse con conocimiento de causa. En aquel cenáculo juvenil de utopistas, ocupados principalmente de Francia, él representaba el exterior. Su especialidad era la Grecia, la Polonia, la Hungría, la Rumanía y la Italia. Pronunciaba sin cesar estos nombres, á propósito y fuera de propósito, con la tenacidad del derecho. La Turquía sobre la Grecia y Tesalia, la Rusia sobre Varsovia, el Austria sobre Venecia; estas violaciones le exasperaban; pero entre todas la gran violencia de 1772 le sublevaba.

La verdad en la indignación, es la elocuencia más soberana, y él era elocuente con esa elocuencia.

Era interminable, siempre que se trataba de la fecha infame de 1772, del noble y valiente pueblo suprimido por la traición, de aquel crimen de tres, de aquella acechanza monstruosa, prototipo y patrón de todas esas horribles supresiones de Estados, que después han venido á caer sobre varias nobles naciones, borrando, por decirlo así, su partida de bautismo. Todos los atentados sociales contemporáneos